

**Toda la vida es ahora.**  
**Ventanas abiertas mirando al postmodernismo**  
**desde la casa de un educador popular sudamericano.**

*Daniel Fauré Polloni<sup>87\*</sup>*

---

**PRIMERA PARTE.**

**Primera ventana: Qué sitúa el problema.**

Paulo Freire se ha transformado en una especie de karma para los educadores y educadoras populares latinoamericanos. En una imagen santa para la billetera. En un amuleto. Por eso, mientras releía sus palabras de su última visita a Chile, poco antes de su muerte -hace ya 10 años-, noté con sorpresa como se definía, en entrevistas diferentes pero, en el fondo, al mismo tiempo, como un educador “postmoderno y progresista” y un “educador de los lugares comunes”. En vista de tamaña provocación, sentí que era necesario adentrarme de una vez en un debate pendiente para los educadores y educadoras populares del continente: el de cómo describimos el mundo del hoy o, como diría el mismo Freire, el problema del cómo vamos a nombrar nuestro «aquí y ahora». Y eso implica, si hacemos eco de los últimos debates desde las Ciencias Sociales -las llamadas a crear lenguajes para comprender la realidad-, encarar el concepto de “postmodernidad”. Por lo mismo, lo que sigue son reflexiones -muchas veces dispersas- de un educador popular latinoamericano frente a uno de los más «globalizados» nombres con que se intenta aprehender el presente. Sobre sus límites, sus aplicaciones, sus adecuaciones y trasvasijos. En el fondo, sobre su «utilidad» en la comprensión de nuestro particular presente y en la práctica misma de la renaciente educación popular en nuestro país. Es decir, un desafío que incluya lectura de palabra y lectura de mundo: un desafío freiriano.

**Segunda Ventana: Que con vidrios recién limpiados reflejan el rostro del que mira.**

Ahora, es necesario aclarar un par de cosas a manera de precauciones previas: La mirada que se ofrece no es ni imparcial -¿puede alguna serlo?-, ni técnica, ni especializada. Se encuentra preñada de imágenes previas, prejuicios y confusiones. Es la mirada particular de un historiador social de profesión, educador de vocación y que, en su baño científicista de cuatro años en la «Academia», notó como, poco a poco, la palabra, la imagen, el aroma del postmodernismo se apoderaba de seminarios, bibliotecas, discusiones de pasillo, rayados de baños y carretes. Y huelga decir que en esa invasión no me amotiné, y vacié muy pocos cartuchos. Más bien practiqué surf por sobre la ola. Por eso, éste es un ajuste de cuentas con ese pasado -¿o futuro?-. Es una nueva apuesta que jugamos entre este emergente sentido común de la Universidad Privatizada y mi identidad dual...

---

<sup>87\*</sup>Educador Popular, Movimiento de educación popular Eduardo Galeano. Licenciado en Historia, Universidad de Chile. [dfaurep@yahoo.com](mailto:dfaurep@yahoo.com)

### **Tercera Ventana: Qué se abre a los formalismos de la Academia.**

Otra aclaración, que suelen llamar “de método”. La literatura sobre el tema, las creaciones intelectuales que buscan darle soplo de vida a este Frankenstein llamado “Postmodernismo” en su larga marcha de la invención al lugar común, es extensa y daría para rellenar ratos libres de varios años de mi vida. Y amo esos lugares, no pienso sacrificarlos. Por lo mismo, la elección de las fuentes no tienen rigidez investigativa: las dejé a la intuición y al azar. Como un regalo de entrada para dicho postmodernismo: un collage...

### **Cuarta Ventana: Qué da al océano esperando sumergirse... buscando una definición.**

Definiciones de “postmodernismo”: grave problema. O al menos, no el mejor comienzo para nuestra apuesta. Digo esto porque lo primero en encontrarnos en este buceo por los mares conceptuales es una lápida. Al parecer —como tantas otras veces— llegamos tarde a la fiesta. O a la playa, en este «húmedo» caso. El mar —o al menos su foto— ya se encuentra en cualquier rincón del planeta y, por lo mismo, cuesta más aprehenderlo. Como plantea Follari: “Categoría tan utilizada como escasamente esclarecida, la de “postmodernidad” dio lugar a un considerable debate en los años ochenta y noventa del siglo XX, para perder presencia filosófica posteriormente, precisamente al haber sido absorbida por el sentido común y el uso cotidiano y periodístico”.<sup>88</sup>

Pero esto no debería desanimarnos. Creo que podemos buscar otros acercamientos al concepto. Y qué mejor que un guía turístico como Brünner, que nos ofrece una lista de entradas posibles para este concepto «comodín»:

“[El concepto de postmodernidad] Ha servido para aludir indistintamente, sin mayor precisión ni incomodidad teórica, cosas tan variadas como [...] una tendencia antiteleológica dentro de la epistemología, el ataque a la metafísica de la presencia, la atenuación generalizada de los sentimientos, el malestar colectivo y las proyecciones morbosas de la generación de posguerra confrontadas a la desilusión de la edad madura, una nueva fase del fetichismo de las mercancías, la fascinación con las imágenes, el proceso de fragmentación sociopolítica y cultural, el declinar de la idea de universalidad, el terror causado por la amenaza de una auto-destrucción nuclear, la «implosión de sentidos», el colapso de las jerarquías culturales, el funcionamiento y efecto de las nuevas tecnologías miniaturizadas, el surgimiento de una pluralidad de formaciones de poder/discurso, el tránsito global hacia sociedades de consumo o información, la des-territorialización efectuada por los media, una generalizada sustitución de las coordenadas espaciales por las coordenadas temporales, etc.”.<sup>89</sup>

Pero ¡a no marearse!, para eso traemos Dramamine y una carta bajo la manga: si la entrada no está por la multiplicidad, y como buenos historiadores, puede estar en sus antecedentes. Ya que si existe postmodernidad, debiera existir una modernidad. ¿No? Escuchemos a Follari nuevamente:

“Por supuesto, comprender lo posmoderno implica entender en qué consistió la modernidad, como tiempo dominado por la subjetividad. No, por cierto, la subjetividad del arte ni la del rito, la de lo afectivo o lo expresivo, que es precisamente lo que dicha modernidad confinó hacia el olvido o hacia los márgenes. Se trata de la subjetividad

---

<sup>88</sup>Roberto A. Follari, “Postmodernidad”. En Ricardo Salas (comp.), *Pensamiento Crítico Latinoamericano. Conceptos Fundamentales*, Ed. UCSH, Santiago, 2005, p. 805. Cursivas en el original.

<sup>89</sup>José Joaquín Brünner, *Globalización Cultural y Posmodernidad*, Ed. FCE, Santiago, 1999, p. 50.

racionalista que pretende el conocimiento objetivo del mundo a fines de dominarlo, en el sentido que Descartes planteó paradigmáticamente”.<sup>90</sup>

Ya tenemos algo. Pero miremos más allá. Ahí aparece Beverley, que parece lanzarnos un salvavidas cuando señala al menos tres pistas posibles a seguir, tres entradas desde donde se visualiza el postmodernismo al norte del Río Grande: como una renovación en las artes (que puede leerse desde el dadaísmo, e incluso antes); otra económica (como concepto que define una nueva fase cultural del capitalismo tardío) y, finalmente, otra relacionada con la crisis epistemológica del pensamiento occidental<sup>91</sup>. Es más, se atreve a confesar como, en esos terruños, decir postmodernismo es, hoy, referirse principalmente a un pensamiento de izquierda; que, sobre todo en su vertiente de renovación epistemológica, la izquierda no tiene conflictos con considerarse postmoderna. Por lo mismo, la vinculación estrecha que, a manera de prejuicio, me hace vincular postmodernidad con el pensamiento de derecha sería más bien un enfoque coyuntural.<sup>92</sup>

Y eso no deja de ser importante. A fin de cuentas, permite abrir las ventanas y las puertas de nuestra casa al término sin prejuicios. O al menos, con un nivel menor de prejuicios, sin eliminar la sensación de “gato encerrado”. Pero esto, aclara Follari, no puede suceder sin antes darle su carta de ciudadanía al concepto y aceptar su existencia entre nosotros y nosotras. No se trata de ser avestruces, claro está:

“Para constatar la existencia de lo postmoderno no se requiere ser postmodernista; si ello se aclara suficientemente, permitirá a quienes no se identifican con el tipo de cultura hegemónica en lo postmoderno admitir la existencia del fenómeno, sin creer que su simple negación abstracta sirva para suprimirlo. En todo caso, quien quiera sostener algún tipo de eficacia en cuanto a modificar las condiciones de lo postmoderno como efectivamente existente, deberá partir de reconocerlo en cuanto fenómeno social “en acto”. Fenómeno que, por cierto, se ha visto considerablemente potenciado en los últimos lustros por los efectos de los mass media electrónicos, caso televisión satelital, y por tecnologías como la de Internet”<sup>93</sup>.

Y en eso de acreditarlo como invitado, habría un consenso “céntrico” y “periférico”. Jameson también lo destaca abriendo además la tentación de no sólo escudriñar al extraño, sino de ver cómo puede ser nuestro propio reflejo:

“El asunto es que estamos dentro de la cultura del posmodernismo a tal extremo que su repudio facilista es tan imposible como complaciente y corrupta es cualquier celebración igualmente facilista de ella. Cabría pensar que en la actualidad, el juicio ideológico sobre el posmodernismo implica necesariamente un juicio tanto de nosotros mismos como sobre los artefactos en cuestión (...). En lugar de la tentación de denunciar las complacencias del posmodernismo como un síntoma final de decadencia o saludar nuevas formas como los heraldos de una nueva utopía tecnológica y tecnocrática, parece más apropiado evaluar la nueva producción cultural dentro de la hipótesis de

---

<sup>90</sup>Roberto Follari, Op. Cit., p. 809.

<sup>91</sup>“John Beverley: desde la nueva izquierda”. Entrevista de Juan Zevallos, Revista de Crítica Cultural, N° 7, Noviembre de 1993, Santiago, p. 39.

<sup>92</sup>Y no se queda corto en su argumento. ¿Cómo concebir la «renovación epistemológica postmodernista» dentro de la perspectiva conservadora si: “Los neoliberales están en contra o tiene muchas dudas sobre la nueva producción cultural de mujeres, de gays, de gente indígena que está asociada a la desfamiliarización de valores, al multiculturalismo, a la combinación de elementos de la cultura de masas”. En “John Beverley...” Op. Cit., p. 41.

<sup>93</sup>Roberto Follari, Op. Cit., p. 806.

trabajo de una modificación general de la cultura misma, con la reestructuración social del capitalismo tardío como sistema”<sup>94</sup>.

Así, lo planteado por Jameson y Follari no es menor ya que indican un par de pistas interesantes de análisis: En primer lugar, abre las ventanas de la posibilidad de analizar cómo el escurridizo término no corresponde a una “intuición” o una “naturalidad” –propias del sentido y del lugar común–, sino que corresponde a una dimensión particular de un proceso histórico que, por serlo, puede ser situado y fechado. Aprehendido. No es una imagen, es una vertiente más de una construcción histórica cartografiada y comprensible.<sup>95</sup> Y en segundo lugar, nos hace resurgir la vocación de historiadores frente al problema histórico de poder vislumbrar el proceso por el cual dicho concepto se ha transformado, en nuestro «aquí y ahora», en una sensibilidad generalizada, que cubre de látex las discusiones y reflexiones de la academia en vías de privatización. Investigar cómo se ha generado una sensibilidad que ha blindado la concepción de “postmodernidad” con los adjetivos de «inevitable» y de «reaccionaria», y donde el acento no ha estado en pensar desde allí opciones de cambio, sino en sumar páginas en su descripción y divulgación repetitiva a través del uso y abuso de temas como la cultura de masas y los mass media, como si frente a la tragedia de su difuminación inmovilizadora y conservadora no nos quedara más que disimular el espanto –y naturalizarlo–.

Y qué mejor que apoyarnos, simbólicamente, para dicho análisis que en un «promotor universal» del término –a pesar de su propia negativa–: Michel Foucault. Para este autor, partiendo de la base de que “[...] en cualquier sociedad, las relaciones de poder múltiples atraviesan, caracterizan, constituyen el cuerpo social; y estas relaciones de poder no pueden disociarse, ni establecerse, ni funcionar sin una producción, una acumulación, una circulación, un funcionamiento del discurso. No hay ejercicio del poder posible sin una cierta economía de los discursos de verdad que funcionen en, y a partir de esta pareja. Estamos sometidos a la producción de la verdad desde el poder y no podemos ejercitar el poder más que a través de la producción de la verdad”<sup>96</sup>. Por lo mismo, buscaremos, en las líneas que siguen, hacer un ejercicio de economía del discurso en el desembarco del postmodernismo a tierras chilenas.

### **Quinta ventana: Qué busca vincular el concepto con las viejas –modernas– concepciones de lo económico y lo político...**

Qué mejor que abrir esta ventana con un as en la manga: la clásica división de estructura y superestructura. En dicho marco, Jameson se mueve libre y logra desnudar a nuestra musa postmoderna, fijándola como “un concepto «periodizador» cuya función es correlacionar la aparición de nuevos

---

<sup>94</sup>Fredric Jameson, *El Giro Cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983 – 1998*. Ed. Manantial, Buenos Aires, Argentina. 1999, p. 49.

<sup>95</sup> Sobre la necesidad de superar esa conceptualización del término como una «imagen» de un presente –continuo, eterno– y analizarlo en perspectiva teórica e histórica, ver, por ejemplo, la perspectiva ofrecida por Wellmer cuando señala: “Naturalmente que la metáfora de la imagen cambiante puede conducir a equívocos por cuanto se presta a crear una primera confusión que proviene de la ambivalencia del pensamiento postmoderno; esa metáfora se presta a equívocos porque compara un complicado complejo de fenómenos intelectuales, estéticos, culturales y sociales con esas imágenes materiales en que el observador según su humor o perspectiva puede descubrir este o aquel aspecto; el observador juega con una ambivalencia radicada en el propio fenómeno óptico. En cambio, la comprensión de una constelación histórica es radicalmente diferente de la observación descubriente –o del descubrimiento observante– de una imagen material, aun cuando la ambivalencia radique en los fenómenos mismos, y ello por la sencilla razón de que el observador es parte de la historia misma y por consiguiente no puede observarla. Con lo cual quiero decir que nada ilustrativo puede decirse acerca de la postmodernidad, si no es desde una perspectiva teórica, filosófica o intelectual que como mirada sobre el presente sea a la vez una autocomprensión en el presente, autocomprensión de un contemporáneo implicado cognitiva, emotiva y volitivamente”. Albrecht Wellmer, “La dialéctica de modernidad y postmodernidad”. En Joseph Picó (comp.), *Modernidad y Postmodernidad*, Ed. Alianza, Madrid, España. 1992, p. 104.

<sup>96</sup> Michel Foucault, “Curso del 14 de Enero de 1976”. En *Microfísica del Poder*, Ed. La Piqueta, Madrid, España. 1992. pp. 139–140.

rasgos formales en la cultura con la de un nuevo tipo de vida social y un nuevo orden económico, que a menudo se denomina eufemísticamente modernización, sociedad postindustrial o de consumo, sociedad de los medios de comunicación o del espectáculo, o capitalismo multinacional<sup>97</sup>. Análisis que, valiéndose de los estudios de Ernest Mandel sobre el capitalismo tardío, logró concluir que la postmodernidad no sería más que el término que bautiza el desarrollo cultural en dicha estructura económica.

Por lo mismo, y volviendo a la provocación foucaultiana, al parecer urgiría “(...) renovar el análisis histórico mismo, y reexaminar y diagnosticar incansablemente la funcionalidad política e ideológica del concepto, el papel que de improviso ha terminado por cumplir en nuestras resoluciones imaginarias de nuestras contradicciones reales”<sup>98</sup>.

La trama se hace más clara. Lo importante no es sólo fijar el concepto, si no que verlo en sus relaciones. Visto así, no es casual la relación que hacemos entre el concepto postmodernismo y un sentido común naturalizado y reaccionario. Y al parecer Follari nos apoya cuando señala que “[...] en buena medida lo posmoderno como condición cultural favorece al capitalismo en su fase expansiva mundial de ideología neoliberal. Sin embargo, –aclara– constituye un severo error confundir neoliberalismo con postmodernidad, como a menudo suele hacerse”<sup>99</sup>. Todo esto porque, si bien comparten su visión individualista, el postmodernismo como concepto es anterior al neoliberalismo y, como condición de época, dentro de sí misma cabrían diversas opciones estratégico-políticas. Ni siquiera es la única alternativa en el mismo capitalismo.

Interesante entrada –o salida-. ¿Qué tal si le echamos un vistazo al concepto ahora en clave de “economía de discurso”?

En ese sentido, convendría partir señalando la funcionalidad que el término tendría en la mantención y naturalización de dicho avance postindustrial neoliberal, verificable, por ejemplo, en el ensamblaje perfecto que se generó entre el discurso de la caída de los metarrelatos (Lyotard, “La Condición Postmoderna”) y la disminución –o al menos la invisibilidad– sostenida de las luchas anticapitalistas. Y ejemplos hay más, hasta Brünner nos apoya cuando señala:

“[...] los términos en disputa se hallan indisolublemente ligados entre sí. De hecho, existe entre ellos más que una relación de afinidad; lo que hay es una verdadera complicidad. Mientras el concepto de globalización procura dar cuenta de la novedad de un capitalismo que ha extendido sus límites hasta los confines del planeta, envolviéndolo en la lógica de los mercados y las redes de información, la idea de posmodernidad pretende expresar el estilo cultural correspondiente a esa realidad global. En consecuencia, el de una cultura por necesidad descentrada, movable, sin arriba ni abajo, hecha de múltiples fragmentos y convergencias, sin izquierdas ni derechas, sin esencias, pluralista, auto-reflexiva y muchas veces irónica respecto de sí misma”<sup>100</sup>.

Es decir, las sospechas son fundadas...

¿Quiere decir esto que el neoliberalismo se ha valido de esta «condición postmoderna» a manera de dar poder de verdad a un discurso que, a punta de un avance arrasador en lo económico, necesita de legitimación, de hegemonía? Beverley, al parecer nos apoya en esto:

“El postmodernismo es impuesto a la fuerza en América Latina al mismo ritmo que el neoliberalismo. Indudablemente hay ciertas coincidencias. Si la historia ha terminado, si ya no hay nada que esperar y la lucha por la modernidad ya no debe darse, entonces

---

<sup>97</sup>Fredric Jameson. Op. Cit., p. 17.

<sup>98</sup>Fredric Jameson. Op. Cit., p. 59.

<sup>99</sup>Roberto Follari. Op. Cit., p. 812. El destacado es nuestro.

<sup>100</sup>José Joaquín Brünner. Op. Cit., p. 12.

¡qué modelo más agradable que el mercado libre! Porque es un asunto de simplemente seleccionar lo que uno quiere o puede comprar en vez de pensar en hacer cambios estructurales. Es una lógica que resulta de la combinación de cierto hedonismo, si se quiere postmodernista, de cierto escepticismo, que Lyotard llama el colapso de las grandes narrativas como el cambio social, la redención, la modernización, con la idea de que el mercado debe ser el modelo para la sociedad donde la gente escoge libremente lo que quiere”<sup>101</sup>.

Parafraseando a Foucault, podríamos decir que, en este sentido, cierto grupo dominante, en la necesidad de generar legitimación a sus procesos de explotación y opresión, vio en este discurso, en esta «condición» un saber capaz de producir y distribuir un “modelo de verdad” que podría naturalizar —es decir, hacer incuestionable— una postura determinada —en este caso la del neoliberalismo—. Su virtud, en este sentido, fue el de ver en el discurso postmodernista un “mecanismo de poder [que], en un momento dado, en una coyuntura precisa y mediante un determinado número de transformaciones, ha[bía] empezado a volverse económicamente ventajoso y políticamente útiles”<sup>102</sup>. Pero, ¿dónde está ese grupo dominante y sus operadores? A juicio de Beverley, visualizar y localizar a dicho grupo dominante no sería tan difícil:

“[...] el peso de la cultura norteamericana es tan fuerte en estos tres niveles de postmodernidad [la económica, la artística y la epistemológica] que un crítico ha llamado al postmodernismo como la Internacional Norteamericana. Eso ha hecho aparecer al postmodernismo como un artículo de exportación del imperialismo norteamericano en la época actual. Es decir, el postmodernismo llega a América Latina, a África, a Asia exportado por los centros académicos norteamericanos, tanto como por los centros de comercialización de cultura, música, video, etc. Llega a América Latina como una moda norteamericana identificada con la política de derecha, del período de la restauración del poder burgués de la administración Reagan y Bush”<sup>103</sup>.

Y para completar esta «Microfísica del Poder», ya en terruño local, las universidades —privadas o «públicas»— (en su carrera desenfrenada hacia el autofinanciamiento en lógica mercantil y la consiguiente compra-venta de saberes) y los mass media locales sabrán cumplir su papel. Difícil misión ya que no sólo deben ser capaces de ser los «operadores materiales locales» de un discurso desfasado, sino que, además, deben ser capaces de «traducirlo» en un continente que debiera ser más impermeable frente a un Lyotard, sobre todo si tomamos en cuenta que esta idea de llamar «postmoderno» a la producción de saber en el marco de las sociedades desarrolladas, no tendría resonancia en medio de un escenario latinoamericano donde el proyecto de la modernidad sigue siendo una “promesa inconclusa” instalada aún en los imaginarios sociales de los pueblos.

En ese escenario, y vislumbrado el pacto secreto entre neoliberalismo y postmodernismo en nuestros países, los que aún pretendan atrincherarse en las balastradas de las ex Universidades Públicas a defender el proyecto moderno, no tendrán más que seguir confiando en el «General Habermas» quien sigue resistiendo a la «condición» al visualizar como:

“[...] el vicio de éste consiste de manera muy central en su función políticamente reaccionaria, como intento de desacreditar en todas partes un impulso modernista que él mismo asocia con la Ilustración burguesa y su espíritu todavía universalizador y utópico. Con Adorno, Habermas trata de rescatar y reconmemorar lo que ambos ven como el poder esencialmente negativo, crítico y utópico de los grandes altos modernismos.

---

<sup>101</sup>“John Beverley...” Op. Cit., p. 40.

<sup>102</sup>Michel Foucault. Op. Cit., p. 146.

<sup>103</sup>“John Beverley...” Op. Cit., p. 39.

[...] Esta muy llamativa divergencia puede explicarse por la visión de la historia que tiene Habermas, que procura mantener la promesa del “liberalismo” y el contenido esencialmente utópico de la primera ideología burguesa universalizadora (igualdad, derechos civiles, humanitarismo, libertad de expresión y medios de comunicación abiertos)”<sup>104</sup>.

Pretensión que nuestro amigo Jameson no tarda en enfriar al mencionar enseguida tajantemente: “a pesar del fracaso en la realización de esos ideales en el desarrollo del propio capitalismo”<sup>105</sup>.

### **Sexta ventana: Qué mira hacia las Ciencias Sociales progresistas...**

Pero no todo puede ser tan desolador. Porque si nos atenemos a lo dicho, al parecer, la posibilidad de las Ciencias Sociales que buscan desenmascarar la intencionalidad política de este discurso sólo pasaría por un atrincheramiento en lo moderno. ¿Significa eso el fin de la historia también para las Ciencias Sociales?

Pero ¡alto!, ¿no había señalado el mismo Beverley, líneas atrás, un postmodernismo «de izquierda»? ¡Paren las imprentas, al parecer hay nuevo titular! ¿Cuál es, en qué se basa? ¿De qué forma este postmodernismo latinoamericano que suda conservadurismo pseudoprogresista podría pintarse de izquierdas?

Principalmente, en la emergencia de nuevas corrientes epistemológicas: el neo o postmarxismo (el “retorno a Gramsci”), el feminismo teórico, el neopragmatismo y el postestructuralismo. En estos discursos –dirá Beverley– “dentro de la filosofía de la ciencia [tendrán] como característica lo que se suele llamar antifundacionalismo. Es decir, insisten en el carácter convencional, construido, de juego verbal, de juego lingüístico de los protocolos de la ciencia, de la historia de las ciencias humanas. Relativizan si se quiere el aparato de saber occidental. (...) quiere ser una crítica de la Ilustración y de la conexión del proyecto económico social occidental con la Ilustración. Es decir, el imperialismo relacionado con la ilustración. Lo importante es ver la relación de estructuras de saber y estructuras de poder”<sup>106</sup>.

Es decir, existiría salida en la misma «condición postmoderna». Pero cerremos esta ventana por ahora, para darle la voz a un experto en este tema, leit motiv postmodernista, el de los juegos de lenguaje...

### **Séptima ventana: Qué hace justicia a Lyotard...**

Ahora, en este atropellado recorrido, creemos que no le hemos dado tribuna ni mérito a un gran responsable en este debate. Nos referimos a Jean François Lyotard quien, a través de un provocativo ensayo titulado «La Condición Postmoderna: Informe sobre el Saber», publicado en 1978, construirá una definición que pronto tendría repercusiones planetarias –por no decir que se universalizó, para evitar la molestia postmoderna de Lyotard-. En dicho ensayo, Lyotard definía la postmodernidad como “la condición del saber en las sociedades desarrolladas”. Sin embargo, lo que más destaca en su trabajo es su caracterización de los «juegos lingüísticos». Según él, el «proyecto de la modernidad» se basaba en una serie de relatos que le daban sustento –metarrelatos-, con sus propios métodos de legitimación, con una economía del discurso particular. En ese sentido, la postmodernidad “representaría acá una especie de explosión de la épistème moderna, explosión en la que la razón y su sujeto – como guardián de la «unidad» y del «todo»- saltan hechos pedazos.”<sup>107</sup>. En dicho proceso, el eclipse de los metarrelatos de la modernidad habría dejado un descampado en el cuál sólo podrían

---

<sup>104</sup>Fredric Jameson. Op. Cit., p. 44.

<sup>105</sup>Ibíd.

<sup>106</sup>“John Beverley...” Op. Cit., p. 38.

<sup>107</sup>Albrecht Wellmer. Op. Cit., p. 104.



verificarse una pluralidad irreductible de «juegos de lenguaje», acentuando, además, el irreductible carácter «local» de todos los discursos, acuerdos y legitimaciones.

Esto remarcaría la necesidad, para el mismo Lyotard, de abandonar los afanes universalizadores y racionales de la postmodernidad, destacando la obligación de «reconocer a la pluralidad e intraductibilidad de los juegos de lenguaje entrelazados entre sí su autonomía y especificidad, no tratar de reducirlos unos a otros; con una regla que sería, empero, una regla general. Dejados jugar (...) y dejados jugar en paz»<sup>108</sup>.

En la misma línea, «criollamente» Brünner destacará: “Ser posmoderno es aceptar radicalmente que las distintas esferas culturales –alta o baja, de élite o de masas, seria o banal, pesada o liviana, densa o difuminada, textual o audiovisual- forman parte del *Zeitgeist* (espíritu de época) a igual título y son legítimas representaciones de él. Más aún, no hay en principio relación de jerarquía entre ellas”<sup>109</sup>. Por todo ello, no es extraño que Lyotard cierre las puertas de la modernidad celebrando esta muerte: “la postmodernidad sería, por tanto, una modernidad sin lamentos, sin la ilusión de una posible «reconciliación entre juegos de lenguaje», sin «nostalgia de totalidad ni de unidad, de reconciliación del concepto y la sensibilidad, de experiencia transparente y comunicable»”<sup>110</sup>.

En términos futboleros, Lyotard deja con esto “la pelota dando bote en el área chica”. Mala suerte que para nosotros y nosotras, el gol lo haya marcado el bando enemigo, transformando esta posibilidad en un “lenguaje de inmovilidad”.

A pesar de ello, el énfasis en esta postura –la de los «juegos lingüísticos»– no está dada aquí sólo por la universalidad de la figura de Lyotard, sino porque creemos que es en esta esfera del debate, en el cultural, es posible establecer un pequeño diálogo ya no con la teoría en general, ni con la teoría y discurso moderno en particular, sino con la praxis misma de la educación popular en el contexto chileno.

## SEGUNDA PARTE.

### **Primera ventana: Qué se abre de par en par para mostrar ahora la casa del hablante...**

La historia de la educación popular en Chile tiene una larga data, pero que, en el último cuarto de siglo visualizará dos ciclos de importancia: el primero, comprendido entre 1976 y 1994, aproximadamente, encabezado principalmente por ONG's y la acción de la Iglesia Católica y sus grupos de base, y centrado en la “recomposición del tejido social” destruido en Dictadura; y, el segundo, que se inicia en 1999, de carácter principalmente juvenil y, en tanto se encuentra en estado aún de germinación, se halla en un proceso interno de definiciones que lo hacen interesante de vincular con todo nuestro atropellado análisis anterior<sup>111</sup>. Principalmente, porque en dicho proceso de definiciones, un sector de los educadores y educadoras de hoy ha bautizado la etapa como de “(re) alfabetización política”, entendida ésta como:

“El proceso necesario que debe ser llevado a cabo por lo educadores populares en sí

---

<sup>108</sup>Jean François Lyotard, *La Condición Postmoderna informe sobre el saber*, Ed. Cátedra, Madrid, España. 2000, p. 131.

<sup>109</sup>José Joaquín Brünner. *Op. Cit.*, p. 55.

<sup>110</sup>Albricht Wellmer. *Op. Cit.*, p.110 [en referencia al trabajo de Lyotard].

<sup>111</sup>Para un análisis mayor de este desarrollo, ver Luís Bustos, “Los Discursos y las prácticas de la Educación Popular: 1973 – 1990”, en *Revista Historia*, PUC; y Daniel Fauré, “El nuevo movimiento de educadores y educadoras populares chileno (1999 – 2006)”, en *Revista Proposiciones* N° 36 “Entre el sonido y la furia. Juventudes rebeldes de ayer y de hoy”, SUR Ediciones, Septiembre 2007.



mismos y con sus educandos, de volver a decir nuestra palabra, volver a nombrar el mundo, realfabetizarnos, pero en una perspectiva de cambio. La Alfabetización Política será la forma de nombrar y nombrar-nos el camino que se abre, donde es necesario que –tal como este pequeño ejercicio colectivo aquí redactado y socializado–, los educadores, como pueblo en movimiento, junto a los otros sectores populares con los que compartimos nuestros espacios educativos, no sólo se reconozcan a través del diálogo de experiencias, no sólo se compartan saberes fundamentales para la vida y el cambio –aunque sean netamente técnicos o funcionales–, sino que se genere, desde una nueva ética, conocimiento nuevo”<sup>112</sup>.

En esa línea, no sería descabellado aplicar, en dicho proceso, los conceptos de Lyotard con respecto a que los educadores y educadoras populares de hoy están –y estamos– en pleno proceso de construcción de nuestro «juego de lenguaje particular», una nueva manera de nombrar al mundo. Necesidad que se entendería precisamente por el eclipse de dichos metarrelatos de transformación que habrían dejado a esta generación «huérfana» de un alfabeto para leer la realidad. Analfabeta políticamente.

Por ello, el ingreso nuestro al debate –en tanto educadores y educadoras populares–, debe ir más allá de si nuestra condición actual cumple o no los parámetros conceptuales del término “postmodernismo” –si es que logramos definirlos en algún momento– sino que debe ir centrado en si ese concepto nos es o no útil para “nombrar” nuestra realidad –a fin de cuentas, para ser más «lyotardino» que el mismo Lyotard, el discurso postmodernista correspondería a un «juego de lenguaje» foráneo y, por tanto, ininteligible en nuestra condición–. Por lo mismo, el debate no debe ir en si es intrínsecamente revolucionario o reaccionario, sino en si da cuenta de las nuevas condiciones históricas de nuestro pueblo. Lo que significa leer qué es lo que ha cambiado y qué permanece en esta nueva coyuntura histórica.

Dicho de otro modo: Sí, queremos un nuevo lenguaje, pero para nombrar, desde la experiencia real lo que, hasta hoy, hemos dicho con el lenguaje impuesto. Ese «juego lingüístico» articulado por el poder y amplificado por los mass media y que, para enlodarlo todo, ha ocupado el mismo concepto de postmodernismo para travestirse. «Juego» que, visto en perspectiva histórica, vino de la mano de las transformaciones económicas realizadas por la Dictadura y que, en el período Concertacionista, sólo ha acrecentado el poder legitimador de éste. Por lo mismo, acá no hay miles de juegos igual de válidos, hay uno central, repetido cual catequesis en el sistema educativo, en los tribunales y los mass media, como los operadores materiales de una economía del discurso particular que viene desde el Norte...

En ese sentido, el reconocimiento de la explosión de la racionalidad moderna, caricaturizado por Brünner como aquel otro mundo acogedor “en que los tiempos estaban ordenados in crescendo, los países se desarrollaban por etapas y modos de producción se sucedían en perfecta sincronía. [...] un mundo más ordenado y jerarquizado, con bloques bien dispuestos y mapas cognitivos sólidamente estructurados”<sup>113</sup>, no ha dejado un descampado en el cuál nuestros juegos contruidos puedan desplegar su particular visión de mundo. El espacio ya fue ocupado por el discurso posmoderno de la fugacidad, de la inmediatez, de la naturalización de la realidad. Y con los mismos operadores materiales de discurso recauchados. Eso sigue igual, sólo que ahora con el terreno plagado de los «operadores de discurso de la fugacidad». Por lo mismo es que creemos que las palabras que definieran ayer nuestra labor, continúan siendo válidas en la época de la ininteligibilidad de los «juegos», donde “[...] la necesidad de agregarle el apellido de popular surg[e] del hecho mismo que, en nuestra sociedad, el conjunto de prácticas, estructuras y normas que rigen y legitiman la institucionalidad educativa han

---

<sup>112</sup>Ver más elementos de esto en “Campana Nacional de Alfabetización Política: para volver a nombrar el mundo, desde abajo, desde la izquierda...”. En Revista Las Palabras Andantes N° 3, Santiago, 2006. Passim.

<sup>113</sup>José Joaquín Brünner. Op. Cit., p. 17.

jugado generalmente al servicio de una élite.”<sup>114</sup> Cambia la economía del discurso reaccionaria del neoliberalismo, hoy legitimada y catalizada por lo “postmoderno”, pero no por ello deja de notarse su totalización, ahora muy bien disfrazada de dispersión.

Además, esto presentará una doble cara que aumentará la sensación de desgarramiento, en tanto hoy son las Universidades –espacio desde el cuál surgen in crescendo nuevos y nuevas educadores populares– el espacio de legitimación particular del juego de lenguaje del postmodernismo reaccionario. Sacrosanto templo de la racionalización moderna que hoy, en su travestismo consultorial, no duda en lanzarse presto y, por pocos pesos, en la moda de la deconstrucción, “un momento antinómico que presupone un vasto deshacer (unmaking) de la mentalidad de Occidente. Digo deshacer aunque otros términos son ahora de rigor: por ejemplo, reconstrucción, desaparecimiento, diseminación, desmitificación, discontinuidad, *différance*, dispersión, etc. Tales términos representan un rechazo ontológico del tradicional sujeto pleno, el cogito de la filosofía occidental”<sup>115</sup>.

Frente a esto, y en honor a la sinceridad, no se puede disimular una náusea que sólo se pasa al pensar –apresuradamente, lo reconozco– en que el debate actual, marcado por el sentido común del posmodernismo, no es más que un despellejarse vivo entre intelectuales sin rumbo, que utilizando las mismas formas de legitimación que el de la racionalidad modernista, se confunden en un mar de textos, contextos e hipertextos sin lograr concluir nada, a pesar de que comparten un «juego particular» que –por terquedad, por principios, o por fidelidad al sentido común del mismo postmodernismo– deben diferenciar artificialmente. Frente a esto, no faltan manos que invitan, en medio de este fuego cruzado de discursos inocuos, en medio de esta situación de impasse, de cambio de época; a aprovechar de avanzar en la construcción de nuestro «juego», inocente por hoy, pero con una sorda rabia contrahegemónica –y, por que no, modernista–.

A fin de cuentas, modernidad y postmodernidad, en tanto discursos, parecieran, en nuestra cotidianeidad, diferenciarse en forma pero no en fondo. Y frente a la obviedad de la estafa, ¿habrá llegado el momento de avanzar, por primera vez, autónomamente?

“Fracasó el mito según el cual nuestros países podrían recorrer el mismo camino que sus antiguas metrópolis y elevarse a sus mismos niveles de desarrollo y bienestar.

Fracasaron el colonialismo y el neocolonialismo, los regímenes militares y democracias restringidas, los gobiernos tiránicos y populistas, el fascismo y el nacionalismo burgués, el conservadurismo y los reformismos populistas y socialdemócratas.

Estos cinco siglos tienen, en resumen, un denominador común, el fracaso del capitalismo en América Latina y el Caribe.

Hay quienes afirman que la historia ha terminado cuando en realidad ella no ha empezado aún para nuestro pueblo”<sup>116</sup>

## **Segunda Ventana: Qué coloca paños fríos –y posmodernos– en la discusión...**

Pero es necesario ver el lado anverso de la medalla. A fin de cuentas, estamos volviendo a caer en el error de ver “el concepto” como la realidad en sí, no como una re-presentación, cuando lo que interesa es ver como el “concepto” logra o no dar cuenta de las experiencias nuestras a manera de volver a presentarla a nuestros sentidos (re-presentarla), como un método para hacerla inteligible<sup>117</sup>. En

---

<sup>114</sup>Luís Bustos, “Los Discursos y las prácticas de la Educación Popular: 1973 – 1990”. En Revista Historia, PUC. p. 47.

<sup>115</sup>Ihab Hassan, “The critic as Innovador: The Tutzing Statement in X Frames”. Citado en José Joaquín Brünner. Op. Cit., p. 51.

<sup>116</sup>Narciso Isa Conde, (Unidad Revolucionaria Caamaño de la Rep. Dominicana), “500 años después: fracaso de una celebración”. En: Revista América Libre Nº 1, Buenos Aires, 1992. p. 130.

<sup>117</sup>Esa pareciera ser la invitación que nos hace Jameson cuando nos previene de que: “Si la abstracción histórica –la noción de un modo de producción o del capitalismo, por lo menos tanto como la del posmodernismo– no es algo dado

ese sentido, el afán deconstrutor de aquel sentido común denominado “postmodernismo académico” en el fondo, en su invitación a cuestionar las formas de representación clásica, puede permitirnos apoyar nuestro propio proceso de recuperar/destruir/crear las formas de nombrar la realidad presente. Dicho de otra forma, la invitación debe ser a pensar en los elementos que caracterizan nuestra realidad, algunos de los cuales ya han sido debatidos –y podrían ser aprovechados– desde la perspectiva del postmodernismo. “No hacer eso, pensar que todavía el problema consiste en terminar un proyecto de modernización que fue frustrado por la dependencia, la burguesía o la oligarquía, sería no estar al tanto de las condiciones objetivas del período”<sup>118</sup>.

En ese sentido, otros debates «postmodernos» podrían sernos de gran ayuda. Por ejemplo, asumir

“Una problemática nueva, [...] un poco dada por la globalización del sistema capitalista, es la necesidad de ir más allá del concepto tradicional de la nación–estado y su representación cultural en la literatura, en las artes, etc. Tratar de conocer y relacionarse más cercanamente con las masas populares, con situaciones de subalternidad que no siempre son adecuadamente representadas aun por la cultura alta más progresista; tratar de entender las estructuras de migración y las nuevas identidades o, para emplear el término de Néstor García Canclini, las “culturas híbridas” que resultan de esto”<sup>119</sup>.

Eso permitiría avanzar en el debate sobre otros elementos que permean las concepciones de lo educativo. Por ejemplo, el papel de la televisión. Hoy nadie discute que la TV es gravitante, en un contexto donde la derecha es la que tiene dichos medios. Frente a esto, el desafío debiera ser superar aquella antigua retórica de que “la TV es un instrumento del imperialismo cultural impuesto por corporaciones extranjeras”, cuando lo «nacional» y lo «extranjero», como concepto y como realidad, parecieran hoy desdibujarse. “Lo que se podía vivir como lo nacional en los sesenta con cierta autenticidad y pasión, ahora no lo vemos con tanta fe ingenua. ¿Qué es la nación?, ¿representa la imposición de un modelo europeo, eurocéntrico, masculinista, racista sobre masas de personas que no tienen precisamente esa formación cultural o esos valores? ¿Qué ofrece la izquierda como modelo de desarrollo a las comunidades indígenas?”<sup>120</sup>.

¡Está bien! Arrepentidos estamos, pero... ¿podremos, desde esta condición subalterna –incluso para los discursos posmodernistas– ser capaces de pensar y pensarnos, decir y decirnos desde esta condición postmoderna?

### **Tercera ventana: Qué mira al horizonte postmoderno –es decir, a cualquier parte- e intenta imaginar un futuro.**

Nuevamente volvemos a foja cero. Es decir, si bien el concepto postmoderno implica para nosotros y nosotras, latinoamericanos/as, un dispositivo cultural aprovechado de muy buena forma por el neoliberalismo en su construcción de legitimidad, en una extraña simbiosis donde su aparato de legitimación y de creación de hegemonía es aquel que disfraza todo discurso como ambivalente e incomparable, en condición de igualdad; ello no quiere decir, tal como nos plantean nuestros –pocos– amigos del Norte, que el postmodernismo, intrínsecamente, constituya una mirada de mundo que frene los procesos de liberación. O, al menos, que frene los procesos de búsqueda de alternativas; sólo que los sitúa, los contextualiza de mejor forma en un nuevo contexto planetario.

---

en la experiencia inmediata, es pertinente entonces preocuparse por la potencial confusión de este concepto con la cosa misma y por la posibilidad de tomar su “representación” abstracta por la realidad, “creer” en la existencia sustantiva de entidades abstractas como la sociedad o la clase”. En Fredric Jameson. Op. Cit., p. 58.

<sup>118</sup> “John Beverley...”. Op. Cit., p. 40.

<sup>119</sup> Ibid., p. 41 – 42.

<sup>120</sup> “John Beverley...”. Op. Cit., p. 42.

En ese sentido, y enlazando esta discusión con las últimas polémicas que surgen en el seno de los educadores y educadoras populares chilenos, el de «lo político». ¿Cómo poder construir colectivamente un proyecto político que, sin las bondades del modernismo —que nos ofrecía un camino de direccionalidad única— no nos deje en este postmodernismo reaccionario que se (a)parece, casi siempre, como un callejón sin salida?

Quizás convendría escuchar las voces que se levantan. Por ejemplo, Jameson, nuevamente, nos aterriza en el terreno de lo histórico, para recomendarnos no quemar aún los navíos. A fin de cuentas, esta nueva fase no es más que un reordenamiento de factores, no estamos en un mundo desconocido:

“[...] las rupturas radicales entre períodos no implican en general cambios totales de contenido sino más bien la reestructuración de cierta cantidad de elementos ya dados: rasgos que en un período o sistema anterior estaban subordinados ahora pasan a ser dominantes, y otros que habían sido dominantes se convierten en secundarios. En este sentido, todo lo que hemos descrito aquí puede encontrarse en períodos anteriores y muy en particular en el modernismo propiamente dicho”<sup>121</sup>.

Por lo mismo, la apuesta podría estar en reordenar nuestra casa política, sacar la basura, y buscar entre los cachureos alambritos, pernos o soldaduras olvidadas que nos puedan servir hoy en día en esta reconstrucción. Al menos, si nos basamos en el mismo discurso postmodernista, tenemos la certeza de nuestras incertezas; certeza de que sería en vano esperar tener una misma certeza política para empezar a hacer algo. Ni siquiera tenemos la premura del tiempo —el “desafío político de la generación”—: la utopía no existe, nos dicen, porque el futuro tampoco. Ahora todo es imagen, fugacidad y eterno presente.

Sin embargo, bien sabemos que eso no significa no hacer nada. Si el futuro ya llegó, si “Hoy es el futuro”, como chillaba con rabia La Polla Records a mediados de los ’80, no hay que esperar planificaciones etapistas, completar las fases de la revolución democrático-burguesa, esperar a que se den las condiciones objetivas y subjetivas, estudiar fríamente la correlación de fuerzas. La guerra se hace cotidiana, permanente, con múltiples entradas y salidas. Por lo mismo, ¿es necesario caer en el nihilismo irónico de Braudillard? Sólo si quieres darle una justificación «de peso» —de moda—, a tu inmovilidad. Visto a la inversa, y citando al maestro Machado, diríamos que:

“Hoy es siempre todavía/  
Toda la vida es ahora/  
Y ahora es el momento de cumplir las promesas que nos hicimos/  
Porque ayer no lo hicimos, porque mañana es tarde/  
Ahora”

Y acá nuevamente la izquierda norteamericana nos hace una invitación interesante. El desafío de generar una praxis de acuerdo a esta lógica: fluida, descentrada, que sin dejar fuera la racionalidad modernista, integre los elementos olvidados o despreciados por ésta —la esperanza, el rito, la emoción—; que, sin dirección aparente, experimente. Una «micropolítica»: “[...] la estética del postmodernismo está para Jameson en correspondencia con la «micropolítica» de una nueva izquierda descentrada. Aquí el rechazo de la totalidad orgánica de la obra de arte «simbólica» está en correspondencia con el rechazo de las formas prácticas y teóricas de esa totalización desde arriba que fue nota característica de los movimientos obreros marxistas tradicionales”<sup>122</sup>.

A fin de cuentas, seguimos pisando terreno, el de la praxis, aún no del todo explorado por la camarilla postmoderna neoliberal. Como señala el mismo Wellmer: “Lo que Lyotard ha formulado

---

<sup>121</sup>Fredric Jameson. Op. Cit., p. 32.

<sup>122</sup>Albrecht Wellmer. Op. Cit., p. 106.

para el plano del pensamiento postmoderno permanece todavía sin formular para el plano de la praxis postmoderna”<sup>123</sup>.

Pero, ¿sería esto, lo de la «Micropolítica», una novedad en nuestro país, o en nuestro continente? Evidentemente bajo ese rótulo sí, pero en la acción concreta no. No por nada el zapatismo de los indígenas chiapanecos se transforma en el referente mundial de una nueva forma de entender la política y el poder. A fin de cuentas, fue en esa misma Selva Lacandona donde, hace ya más de 13 años, un grupo de guerrilleros ingresaría a sus tupidos paisajes, con la linealidad segura de su discurso modernista, racionalista, blanco y eurocéntrico a protagonizar su primera colisión frontal con un universo postmoderno: otra conceptualización del tiempo, multiplicidad de juegos de lenguaje, una indiferencia por la subjetividad racionalista. Un encuentro con el mundo indígena.

Por lo mismo, los cerca de 10 años que transcurrirían entre el ingreso de los 20 guerrilleros a la Selva y el alzamiento –y nacimiento público– del EZLN, en enero de 1994 –con el retiro de la mayoría de esa vanguardia modernista revolucionaria<sup>124</sup>–, sería el mejor experimento sociocultural de la posibilidad de derribar a Lyotard demostrando, no sin dificultades, como los «juegos lingüísticos», “válidos en sí mismos e incommunicables entre sí” son capaces de establecer puentes y borrar con el codo las fronteras imaginarias entre ellos para generar un «juego incluyente». Habermas debió de haber descorchado una champaña ese día... ¿se habrá enterado?

Y ello sería todo el comienzo de un hermoso proceso sociopolítico que, como educadores populares, nos hace mantener viva la necesidad de la esperanza, y de educar dicha esperanza. Porque, qué puede ser más esperanzador que la creación, en este escenario de negatividad, de miles y miles de sujetos y sujetas que se lanzan simplemente a vivir la utopía. Mezcla irresponsable de modernidad y postmodernidad, los nuevos movimientos sociales están, irresponsablemente, pasando por alto las construcciones teóricas de la Academia. Se han –nos hemos– echado a andar. Sin modelos, y felices de ello:

“Por todas partes, en el mundo entero, emergen experiencias de lucha que buscan vías para una nueva emancipación. Esta contraofensiva está en ruptura respecto a los métodos de los grupos políticos tradicionales: saca del centro de atención, sin negarla, la cuestión del poder y rechaza la idea de un modelo anticipador definido a priori... Los viejos hábitos de la militancia “anti” son abandonados en provecho de la búsqueda de modos de vida y de prácticas alternativas: se trata de superar con actos, en la vida de cada día, el individualismo del sistema. Se trata de construir la emancipación aquí y ahora, a través de solidaridades de situación. (...) Las luchas de los años 90 en Chiapas, Brasil, Europa... señalaron el retorno de una nueva subjetividad anticapitalista, pero seguíamos teniendo la impresión de que estas luchas se desarrollaban “a pesar” de la ausencia de modelo. Hoy estamos llegando a una nueva fase, en la que lo que se vivía como carencia se percibe como una baza positiva: si las experiencias alternativas se multiplican por el mundo, no es “a pesar de” sino “gracias a” la ausencia de modelo. ¿Por qué? Todo el mundo nota claramente que la complejidad de lo real no ofrece base para un modelo... mientras que un proyecto, como tal, se acomoda muy bien a esta complejidad...”<sup>125</sup>

Por eso, quizás la receta es no tener receta. Y estar certero de las incertezas. A fin de cuentas, a pesar de la fugacidad y la dispersión, el corazón sigue latiendo –abajo y a la izquierda–. Por lo mismo, nada nos prohíbe faltarle el respeto a la postmodernidad e invertirla hasta que parezca amigable: una nariz de payaso, colores fuertes para sus vestidos, unos recortes a su figura y, luego, a colocarla en un

---


<sup>123</sup>Ibíd., p. 135.

<sup>124</sup>Ver Yvon Le Bot, Subcomandante Marcos, el sueño zapatista, Ed. Plaza & János, Barcelona, España, 1997. Aquí Marcos señala cómo, a sólo dos años de haber ingresado a la Selva, sólo quedaban ocho personas del grupo de vanguardia original. Ocho guerrilleros que comenzarían el largo diálogo...

<sup>125</sup>“Sin poder ni modelo”, Entrevista a Miguel Benasayag, publicada en TSC, Nueva Serie, N° 2, 2002; y en Iniciativa Socialista N° 66, Otoño 2002. En [www.rebellion.org](http://www.rebellion.org), visitado el 08 de Julio de 2005.

fondo de campos recuperados, calles cortadas, liceos tomados: nuestro nuevo collage –permitido– construirá una nueva definición de postmodernidad, la nuestra, la que nos sirva en este desafío no de cambiar el mundo, sino hacerlo de nuevo. Tijeras y Stick-Fix en mano, vamos a recortar a gusto trozos del pasado modernista y del eterno presente de este postmodernismo. Vamos a jugar. A cobrar la palabra:

“Contra el universalismo democrático de la sociedad burguesa podemos objetar hoy que la democracia se queda en algo irreal mientras no penetre los juegos de la vida social; contra Marx y el anarquismo hay que objetar que eso no puede significar un estado de inmediatez y armonía generales; contra el racionalismo en general tenemos que objetar que no cabe esperar ni legitimaciones últimas ni fundamentaciones últimas, pero esto no significa ni que haya que despedirse del universalismo democrático y del individuo autónomo, ni que haya que dar por cancelado el proyecto marciano de una sociedad autónoma, ni que haya que despedirse de la razón. Significa más bien que hemos de pensar el universalismo político-moral de la Ilustración, las ideas de autodeterminación individual y colectiva, de razón y de historia de una nueva forma. En la tentativa de hacer eso, es donde yo vería el genuino impulso «postmoderno», hacia una autotranscendencia de la razón”<sup>126</sup>.

Por ello, si “la postmodernidad sería, por tanto, una modernidad sin lamentos, sin la ilusión de una posible «reconciliación entre juegos de lenguaje», sin «nostalgia de totalidad ni de unidad, de reconciliación del concepto y la sensibilidad, de experiencia transparente y comunicable»”<sup>127</sup>; nada en lo anterior nos impide a un grupo de jugadores, a todo el equipo –que no se porqué pero intuyo que se llamaría “Freire Futbol Club”–, a muchos equipos; de acrecentar nuestra vocación bilingüe y el deseo innato de que si este Estadio es el último y único posible, mandar a decirle al señor Lyotard que, al menos, no queremos ni vamos a jugar más en «paz»...

---

<sup>126</sup> Wellmer, Albrecht, Op. Cit., p. 137.

<sup>127</sup> *Ibid.*, p. 110.